

El sueño de nochebuena.

-Yo me refiero a que no creo ni en la magia de la navidad, (entre otras cosas porque no me gusta) ni en todas esas chorradas típicas de los americanos de los deseos navideños, ni en que los sueños se puedan hacer realidad, ni nada...

-Ay, pues yo sí. -dijo María al tiempo que suspiraba.

-¡Qué fantasiosa eres! -Replicó Candela

-Bueno, tú di lo que quieras, pero yo pienso que los sueños pueden cumplirse en el momento más inesperado... -dijo la voz metálica de María a través del teléfono.- Oye, tía, tengo que colgar, porque va a venir Dani a buscarme para ir a dar una vuelta. Lo siento por dejarte con la palabra en la boca. Mañana nos vemos y hablamos de nuestras paranoias, ¿vale? -dijo María desde el otro lado del aparato; y colgó.

“Estoy hasta las narices del gracioso de Daniel...” Pensó Candela. Desde hacía bastante tiempo, se había dado cuenta de que su actitud hacia su amiga y su novio a lo mejor estaba siendo un poco infantil y egoísta, y había reflexionado sobre ello para llegar a la conclusión de que tenía envidia. Ciertamente, ella era la única de sus amigas que no estaba saliendo con ningún chico, y a lo mejor lo único que necesitaba era sentir el calor de otra persona a su lado que la comprendiera, la apoyara y que hiciera el idiota y dijera tonterías por ella, como hacían los novios de sus amigas.

La nochebuena se le presentaba larga y aburrida. Como todos los años, la pasaría junto a sus padres, sus abuelos y su hermano pequeño: nada especial. La navidad no le gustaba y le ponía de mal humor, pues era atea y todas aquellas celebraciones no le merecían ningún significado. Lo único que veía en ellas era un despilfarro innecesario de dinero en regalos y un derroche de energía enorme por las típicas luces que colmaban calles y avenidas y que, al principio hacían mucha gracia a todos, pero finalmente acababan por ser aborrecibles y agobiantes.

-¡Candela, cielo, ven a ayudarme a poner el árbol! -gritó su abuela desde el salón.

-Voy... -contestó ella con resignación.

Esa era otra de las cosas que odiaba de la navidad: tener que poner y quitar el árbol. “Mi abuela -pensaba de camino al salón- tiene un morro que se lo pisa: viene a nuestra casa el día de nochebuena, pone el árbol y luego se va y, ¿quién se chupa el marrón de quitarlo? ¡Yo! Pero claro, eso a ella le da igual...” Esto solo eran pensamientos. Candela casi nunca se atrevía a decir lo que pensaba a los demás. Era una chica más bien tranquila y reservada, y con cambios de humor poco frecuentes. No hacía para nada referencia a su nombre. Sus padres se lo habían puesto porque les gustaban sus significados: luz, lumbre, vela, fuego... que hacían referencia a cosas muy vivas y con fuerza, para que su hija fuera una chica decidida y con carácter. Sin embargo, había salido todo lo contrario.

-Ayúdame a bajar la caja de los adornos del árbol de encima del armario, Cande, que no llego. -dijo su abuela sacándola de sus pensamientos.

-¿La caja azul o la verde?

-La azul.

Candela bajó la caja de los adornos sin ningún esfuerzo gracias a su altura de ciento setenta y cinco centímetros que la hacía tan atractiva, y se dispuso a colocarlos en el árbol. Cuando terminó con todas las bolas, ángeles y estrellas que había en la caja, ya eran las nueve y media, así que se dispusieron a cenar. La velada transcurrió como todos los años, con la pequeña diferencia de que su abuelo se pasó de la raya con el vino y empezó a cantar canciones de cuando era joven. "Al fin y al cabo, este año hay algo que lo diferencia del anterior, no como otras veces..." pensó Candela, ya medio dormida por la hora que era.

-Bueno, Gaspar, yo creo que es hora de ir cerrando el chiringuito, ¿no te parece? -preguntó el padre de Candela a su suegro con el fin de que éste se calmara un poco.

-Vale. Tienes razón. ¡Pero mañana seguimos, que no me has 'dejao' cantarte la canción preferida de Loli, la novia que tuve yo cuando hice la mili!

-¡Gaspar! ¡Yo de esa no tenía conocimiento!- dijo enfadada Sonsoles, su mujer.

-Ya, es que si hubieras 'sabío' que tenía a otra me habrías 'dejao'... ¡No te pongas celosa, mujer, que fue hace mucho tiempo y a ella no la quería! Lo que pasó fue que estabas muy lejos de Melilla, entiéndeme...- dijo el abuelo guiñando un ojo a Candela, cuya risa brotó como la espuma de las olas del mar al romper contra el acantilado.

-Bueno, Gaspar... ¡yo creo que es suficiente! ¡A la cama!- gritó Sonsoles.

-Sí, nos vamos todos a la cama...- dijo entre bostezos el padre de Candela.

Esa noche, Candela tuvo un sueño muy extraño. En él aparecía un joven de unos dieciocho o diecinueve años que hablaba en un idioma desconocido para ella. Candela conocía muchos idiomas, pero aquél no se asemejaba a ninguno de los que había en su memoria. Era una especie de lengua primitiva que se ayudaba de gestos para completar el significado que las palabras no conseguían aportar a la comunicación.

No distinguía bien los rasgos de la cara del chico, pues la luz de su intensa mirada cegaba todo lo demás. Los dueños de esa mirada eran unos ojos marrones peculiares, con mucho brillo, que la atrapaban y le hacían tener un sentimiento extraño. No sabía exactamente si le producía placer o dolor. Candela intentaba ver la cara del muchacho, pero no podía. Los ojos no se lo permitían. Intentaba escapar de ellos, pero la seguían a todas partes y, aunque se escondiera, siempre acababan encontrándola. Después, la luz de los ojos se apagaba y entonces podía ver la boca de muchacho, que se acercaba a la suya, para convertirlas en una sola. Al principio era un dulce beso, pero más tarde se convertía en una tortura, pues, al igual que los ojos habían hecho, la boca no la dejaba escapar. Justo cuando la boca la soltó y la cara del muchacho iba a ser descubierta, la voz de su hermano la despertó.

-Cande, creo que han venido los reyes.- dijo Alejandro.

-¿Los reyes? Anda niño, que eso es en enero. Ahora habrá venido Papá Noel en todo caso.- contestó ella de malos modos.

-Bueno, pues eso, ¡doña lista!- dijo Alejandro sacándole la lengua.

Candela notó un terrible dolor de cabeza y se fue a la cocina a por una aspirina que lo calmara. "Dios mío- pensó. -¿qué narices estaría soñado para tener este dolor de cabeza tan grande? Pero si hace un momento me acordaba perfectamente... En fin, no sería nada del otro mundo si no consigo recordarlo."

El resto del día transcurrió aburrido, como todos los veinticinco de diciembre, con su hermano jugando con los regalos y ella ayudando a su abuela a hacer galletitas y viendo películas de niños americanos que descubrían quién era en realidad 'Sta. Claus'. Menos mal que había quedado por la noche con sus amigas para salir a divertirse y así podría tomar un poco el aire...

A las nueve y media, salía de casa maquillada por completo y con un vestido escotado que quitaba el hipo a todo el que la miraba.

-¡Virgen, Candela! ¡Qué guapa estás! Toma, te doy la propina para que te tomes unos refrescos.- dijo su abuela sacando un billete de veinte euros del bolso.

-Gracias, abuela. "pero no me lo voy a gastar en refrescos precisamente... esto va derecho al fondo común." Pensó Candela al acordarse de que había alquilado un local con barra libre junto con sus amigas para hacer una pequeña fiesta.

-No irás a salir así de fresca con el frío que hace, ¿verdad?

-No, no. Ahora cojo el abrigo.

Candela le dio un beso a su abuela, se despidió de todas las personas que había en su casa y salió como un rayo pues, como siempre, llegaba tarde y sus amigas ya habían empezado a mandarle mensajes al móvil diciéndole: *'al fin! n viens o k? stams aki todas sperandot dsd hce un rato!'* Por suerte para ella, el autobús no tardó en venir y sólo llegó quince minutos tarde al lugar en el que habían quedado.

La verdad es que todas sus amigas estaban muy bien vestidas y arregladas, pero esa noche, Candela destacaba entre todas. No porque fuera la más guapa, sino porque se notaba que algo en ella había cambiado, algo que la hacía parecer más segura de sí misma y por lo tanto, más atractiva a la vista de los demás.

Llegaron al local, que no estaba muy lejos, y empezaron a inflar algunos globos y a colocar unas serpentinas para darle ambiente de celebración al sitio. La gente no tardó en llegar y la fiesta se fue animando paulatinamente.

-Oye, Candela, dime qué les das a los chicos, porque están todos babeando detrás de ti... - le dijo María mientras bailaban.

Candela rió coqueta y un chico que pasaba por allí se tropezó con una silla por mirarla.

-No sé, María... hoy estoy rara...

De repente, como flashes del trailer de una película, acudieron a su mente imágenes del sueño que había tenido la noche anterior. Lo único que distinguía era una luz muy fuerte y cegadora y una especie de siseo de una voz masculina que decía algo que no llegaba a comprender. El dolor de cabeza que las aspirinas habían ahuyentado volvió a hacerle compañía.

-¿Sabes? Hoy me he levantado con un dolor de cabeza muy grande y no sabía por qué era. Me imaginé que sería porque mi familia me pone la cabeza como un bombo: entre mi hermano, que está en la fase esta tonta de replicar por todo y mi abuela con tanto adorno... pero me acabo de dar cuenta de que no es por eso.

-Ah, ¿no? ¿Y por qué es?- preguntó María extrañada.

-He tenido un sueño.

En ese momento, apareció Daniel por detrás de María y le dijo a Candela:

-¿Me la prestas un rato? Luego te la devuelvo.

Candela asintió resignada. "Otra vez lo mismo... ¡estoy harta de Dani! Dani, por arriba, Dani por abajo... como me descuide, me lo encuentro nadando en la sopa un día de estos... ¿Por qué no se compra un pony y nos deja a María y a mi en paz? Con lo a gusto que estábamos ella y yo, y lo amigas que éramos antes de que se entrometiera... Si yo tuviera también a alguien..." Candela suspiró y levantó la vista hacia la puerta. Entonces, vio entrar a un chico con unos ojos muy bonitos que le resultaron familiares y tuvo el inusual impulso de ir a hablarle.

-¡Hola!- le dijo risueña. -no te conozco... ¿eres amigo de María, de Coral o de alguna de nosotras?

-Mmm...no. -dijo el chico con la mirada perdida en el interior del local.

-Ah...pues es que es una fiesta privada, ¿sabes? Hemos pagado por la barra libre y tal...pero bueno, si te quieres quedar un rato no pasa nada.

-Muchas gracias, muy amable. -dijo él en tono cortés.

Había algo en aquel chico que a Candela le parecía extraño, pero no sabía qué era exactamente... quizá lo había visto antes por el instituto... su voz le parecía familiar y sus ojos también.

-Bueno, ¿no me vas a invitar a bailar? -dijo él repentinamente.

-Vale. ¿Cómo te llamas? –dijo Candela mientras iban en dirección a la zona de baile. –yo, Candela.

-¿Cómo te gustaría que me llamara? –preguntó él dulcemente.

-¿Qué clase de respuesta es esa? –dijo ella juguetona.

-¿Cómo que qué clase de respuesta...? ¡Dirás qué clase de pregunta!

-Sí, bueno, eso...

-Pues tú sabrás cómo quieres que me llame... eres tú la que has soñado conmigo, no yo contigo.

-¿¡Cómo!? –dijo Candela sobresaltada.

En ese momento empezó a recordar el sueño claramente... Un momento, ¿lo estaba recordando o estaba pasando de verdad? De repente todo lo que había en la habitación pareció evaporarse excepto ella y su extraño chico, que empezó a mirarla y a realizar una especie de danza ritual en la que sus ojos desprendían una luz anaranjada similar a la del atardecer, que hacía que Candela se acercara a él hasta que casi no había espacio entre ambos. Entonces, la luz de sus ojos se apagó y lo único que Candela pudo ver fue la boca del muchacho que, tomando la suya, hizo que ambos se fundieran en un largo beso que pareció durar siglos. Candela se asustó, pues pensaba que la boca no la iba a soltar, como había ocurrido en su sueño, pero no fue así. Pasado un rato, se separaron, y todo el mundo volvió a aparecer a su alrededor, mirando con la boca y los ojos muy abiertos. Candela se ruborizó y se escondió entre los brazos de su chico, al tiempo que decía:

-Me parece que he empezado a creer en la magia navideña y en el poder de los sueños. No podías haber llegado en mejor momento, Fernando.

Neila Ervina Suárez.